

¡ no quisiera morir sin abrazar por última vez á la condesa y á mi pobre hijo !

Accediendo inmediatamente á ese deseo, los veteranos le condujeron á su casa, con la mayor suavidad posible, donde llegó antes de expirar. Pudo decir á Aurora, loca de dolor, lo ocurrido aquella noche, sin que pudiera darle á conocer la identidad del hombre del antifaz.

Ya sabemos lo demás...

Como hemos dicho al comenzar esta segunda parte, la policía entró inmediatamente en acción.

El que la dirigía en aquella época, M. René Hérault, señor de Vaucresson, lanzó á sus más finos sabuesos en persecución de los asesinos, removi6 cielo y tierra para encontrarlos.

Todo fué inútil; no pudo descubrirse á ninguno.

Y es que los cinco bandidos que quedaron, marcháronse al amanecer, con los bolsillos repletos de oro, á ocultarse lejos, mientras que Peyrolles y Knauss, que se les anticiparon, salieron para Brujas la misma noche.

## XIV

## EL CALLEJÓN SIN SALIDA

Ahora tenemos que volver al día siguiente al en que se verificó en casa de la condesa Aurora la punzante escena de la autopsia que, como se recordará, había terminado con la confesión de Helouin.

Aquel día fué cuando Felipe, como se lo había contado á Cocardasse, al salir de la hostería de los *Trois Aiglons*, y cuando regresaban al campamento, se había visto abordar por el anciano, la víspera de salir para Bohemia.

Ahora sabemos ya que aquel anciano alto no era sino Peyrolles.

En Brujas, donde había quedado como enterrado, desde la muerte del conde Enrique de Lagardère, se hallaba, gracias á Bathilde, al corriente de lo que ocurría en el palacio de Nevers.

Al recibir la noticia de la muerte del condesito, llenóse de júbilo.



Pero su alegría trocóse en vivo despecho, cuando, poco después, supo que la condesa se había trasladado á Lorena, para unirse á la duquesa viuda, su madre, sustrayéndose así al complot tramado contra ella y aplazando, por lo tanto, á época indeterminada, la ejecución de las cláusulas del testamento hecho en favor de Bathilde.

— ¿Qué hacer? — le había preguntado ésta.

— Esperar, — repuso Peyrolles; — sería, en efecto, mera locura perseguirla en Lorena. Ó sucumbirá al mal que de ella se ha apoderado, lo que nos vendría de perillas, ó acabará por curar, y, en este caso, regresará á París. Entonces, volveremos á tomar las cosas en el estado en qué las dejamos.

Como hemos visto, Bathilde esperó.

Ya que la condesa la permitía continuar habitando en el palacio y le aseguraba con qué vivir cómodamente, no se impacientó mucho la joven durante su espera.

¿No se satisfacían así, en parte, sus deseos de lujo?

Durante la ausencia de Aurora, Peyrolles se recluyó en Brujas.

Primero contó las semanas, luego, los meses, y, en fin, los años; pero siempre sin desesperar, pues lo sostenía su odio, cada vez creciente.

La edad le pesaba cada día más, é impacientábase por tan largo reposo concedido forzosamente á la viuda de su víctima; y sin embargo, apenas se le encorbaba la espalda; sus ojos seguían siendo vivos y maliciosos, porque se alimentaba de esperanza, sacando nuevas

fuerzas de la idea de que viviría lo bastante para cumplir su abominable juramento.

Así es que, en cuanto tuvo noticia del regreso de la condesa, acudió él mismo, para velar en persona á que se terminase el asunto bien y cuanto antes.

No dudaba, lo mismo que Bathilde, que el testamento continuase existiendo en su primitiva forma; lo que, por otra parte, era cierto; puesto que la condesa no se enteró hasta más tarde del odioso papel que representaba ante ella su señorita de compañía, y no destruyó hasta entonces el precioso documento.

Peyrolles estaba, pues, á punto de ver realizados sus proyectos, tan laboriosamente concebidos.

Dentro de pocos días, el tiempo necesario para descubrir un procedimiento hábil de suprimir á la condesa sin despertar sospechas, se encontraría en posesión de una fortuna doble de la que había perdido; porque, como puede suponerse, pensaba apropiarse de la mayor parte del legado de Bathilde.

Desde que estaba en París, no dejaba de ir diariamente á visitar el Marais, donde se alzaba el hotel de Nevers.

Ya no temía mostrarse á cara descubierta, convencido de que el cambio físico operado por la edad en toda su persona, impediría que le reconocieran los que le habían tratado en otros tiempos.

Por otra parte, para los nuevos amigos que conocía, usaba un nombre supuesto, bajo el cual podía disimular sin gran esfuerzo su verdadera personalidad, pues el factótum del príncipe de Gonzaga había muerto



civilmente el mismo día y á la misma hora que éste.

El objeto de su paseo era la morada de la condesa Aurora, ante la cual se conplacia en detenerse, con los ojos iluminados por una mala llama y los labios crispados por satánica sonrisa.

El miserable, al ver el movimiento y la vida que allí reinaban, pensaba que no tardaría en entrar la muerte y dejarla otra vez desierta y silenciosa.

Luego acudía á su mente una idèa. ¿Por qué no había de adquirir el palacio, cuando se volviera rico?

La duquesa viuda, retirada para siempre en Lorena, no desearía seguramente otra cosa que deshacerse de un inmueble que sólo le recordaba acontecimientos dolorosos.

¡Y qué deleite no experimentaría él, al vivir donde habían vivido sus enemigos; allí, donde sería más vivo su recuerdo; en donde podría invocar constantemente su memoria para insultarlos hasta en la tumba!

¡Cuán dignamente coronaría eso su venganza!

Al volver de uno de dichos paseos, y cuando, con pérfida alegría pensaba consumir esta última infamia, es cuando se encontró á Felipe, cuyo extraño parecido con su padre le chocó en seguida.

Ya sabemos cómo consiguió que el joven le contase su historia sin desconfianza.

En cuanto se quedó solo, el miserable permaneció un instante anonadado.

Acacaba de adquirir la certidumbre de que el joven era el hijo del conde Enrique de Lagardère, el niño á quien creía hace quince años bajo tierra.

— ¡Pero, en ese caso — preguntóse con espanto — Bathilde me ha mentido ignominiosamente!

Ha dejado vivir al condesito... ¡Desdichada!

¡Es nuestra ruina!

¡Oh! ¡quiero tener inmediatamente una explicación con ella sobre este punto!

Presa de punzante ansiedad, apresuróse á tomar de nuevo el camino del Marais.

En el extremo del callejón que lindaba con una de las fachadas laterales del palacio de Nevers había una tapia en la que se abría una puerta horadada encima de un pozo.

El callejón sin salida era bastante largo, y más bien triste que sucio, porque era húmedo, frío y sobre todo, solitario.

La polea por donde debió de pasar en otros tiempos la cuerda de aquel pozo, visiblemente abandonada, era sostenida por dos ramas de hierro que se doblaban formando arco é iban á reunirse á cinco ó seis pies de altura en el centro del orificio, en el que había una ventanilla de roble que parecía fija, pues las gentes del palacio creyeron prudente cerrar aquella salida.

El callejón tenía con todo bastante mal aspecto, y ningún soñador lo hubiera escogido como pasco para buscar la poesía; pero, desde el crepúsculo, haría falta ser muy distraído ó muy temerario para aventurarse en él, pues la boca del pozo tenía amenazador aspecto.

El bueno del señor Peyrolles no era mi temerario ni distraído; puesto que, aunque ya era de noche, internóse en él sin vacilar, y no se detuvo hasta llegar al pozo.



Allí, después el asegurarse de que no se hallaba cerca ningún importuno que pudiera oírle, sacó de la faltriquera un objeto duro, con el cual dió en las ramas del roñoso metal tres golpes que resonaron en el silencio.

Hecho esto, sentóse en la margen, esperando el resultado de su acto, que debía de ser una señal.

Y en efecto, lo era.

Bathilde se hallaba á veces retenida por sus funciones junto á la condesa, y, como, por esta razón, no podía ir á ver á su « tutor » más que á raros intervalos, quedó convenido entre él y ella, que cuando tuviera aquél que hacerle alguna comunicación importante, la avisaría de ese modo, pues el ruido debía de llegar fácilmente á sus habitaciones, ya que éstas estaban situadas en la parte trasera del hotel y, por consiguiente, poco distantes del pozo.

También sabía Peyrolles que si su pupila se hallase de servicio al lado de Aurora, en el momento en que se oyera la señal, su doncella, astuta mujerzuela cuyo concurso le parecía asegurado, tenía que oírle y avisar á su ama.

Sentado en el borde de piedra, esperó Peyrolles con cierta impaciencia el resultado de su llamada.

Este resultado no se hizo esperar mucho.

Pronto, los guijarros de la más cercana alameda del jardín crujieron bajo los pies de una persona que se dirigía hacia el pozo.

El anciano se levantó por si acaso, aunque reconocía el paso de la que se acercaba.

Introdujose una llave en la cerradura de la venta-

nilla de roble, que no era fija como parecía; esta rechinó al girar sobre sus goznes y apareció la señorita de Wendel.

La llamada de su « tutor » la había inquietado porque, según lo convenido, éste no debía de hacerla venir sino en circunstancias absolutamente urgentes.

Franqueó atrevidamente la boca del pozo, y preguntó en voz baja.

— ¿Qué ocurre, señor de Peyrolles?

— ¡No pronuncies ese nombre! ¡No lo pronuncies aquí! — murmuró el anciano. — Soy Giam Batista, pariente lejano de tu madre... no lo olvides...

— ¿Se levanta ante nosotros algún obstáculo imprevisto? — preguntó otra vez la pupila del infame.

Al mismo tiempo, trataba, muy inútilmente, de leer en las facciones de su interlocutor de qué se trataba.

El rostro del ex factótum, si no hubiera sido de noche, no hubiera desvanecido sus inquietudes.

Mas pálido aún que de costumbre, con las cejas fruncidas hasta ocultarle los párpados, tenía, en efecto, aspecto poco tranquilizador; pero la oscuridad no permitía ver aquella sombría expresión.

— ¿Que qué ocurre, Bathilde? — observó, — voy á decírtelo... Desearía que me expusieses exactamente el relato de los últimos momentos del condesito de Lagardère.

Ante tan inesperada pregunta, quedóse estupefacta la joven.

— ¡Pues bien! — continuó el viejo, velando todo lo posible su voz que temblaba; — ¿no puedes satisfa-



cerme? Sin embargo, lo que te pido es bien sencillo.

— ¿Con qué objeto quiere usted que le haga ese relato? — dijo, al fin, Bathilde, cuya turbación aumentaba.

— Para saber simplemente si te has burlado de mí y si el niño murió y fué realmente enterrado.

— ¿No le di, entonces, todos los detalles posibles?

— Sí, y hasta me escribiste cuatro extensas páginas sobre ello... páginas que cometí yo la tontería de tomar en serio.

— No comprendo — dijo Bathilde con voz firme, pues acababa de recobrar su presencia de ánimo, reflexionando sobre la imposibilidad en que se hallaba Peyrolles de conocer la verdad.

En efecto, ¿cómo hubiera podido enterarse?

No sería seguramente por el empírico cuya ayuda había reclamado; puesto que éste había desaparecido y nunca se volvió á oír hablar de él. Además, no conocía á Peyrolles, y aunque lo conociera, no hubiera ido á Brujas á contarle la cosa á éste, pues tenía el mismo interés que ella en callar.

Sin embargo, ¿de dónde venían las sospechas de este último? y ¿por qué, ya que hasta entonces había creído de buena fe en la muerte de Felipe, la ponía ahora de repente en duda?

¿Habría recibido alguna confidencia al llegar á París? Pero, ¿de quién? Ella no había revelado su secreto á nadie.

— Voy á hacerme comprender — añadió Peyrolles con voz reprimida, afectando calma y mirando á Bathilde en los ojos.

— Se lo agradeceré — repitió ésta en el mismo tono y sosteniendo valientemente la mirada.

El viejo hizo una pausa, luego, despacito, y subrayando cada palabra, dijo:

— Ese niño, que tú me aseguraste descaradamente haber hecho perecer... cuya agonía me describiste con un lujo inaudito de detalles... ese niño, el heredero directo de los Lagardères, acabo de tener la seguridad de que está lleno de fuerza y de vida.

— ¡Vamos, usted bromea!

— Bromeo tan poco — dijo Peyrolles casi estallando — que he estado con él hace dos horas y que le he hablado como te estoy hablando á ti.

— ¿Al hijo del conde de Lagardère?

— ¡Más bajo, desgraciada!... Al mismo, te digo.

— Vamos á ver — repuso Bathilde, cada vez más segura de que el anciano lo ignoraba todo y de que debería de haberse equivocado. — Expliquémonos seriamente.

¿En qué se funda para sostener lo que acaba de decir?

— Primero, contéstame, ¿has hecho morir al niño?

— ¿No se lo he asegurado ya?

— ¿Me lo has jurado?

Estas últimas frases, preguntas y respuestas, habían sido murmuradas de modo apenas perceptible.

Bathilde dejó ver una sonrisa ligeramente irónica.

— ¡Un juramento entre nosotros! ¿Para qué? — exclamó.

— ¡Ah! ves... retrocedes...



— Nada de eso. Le vuelvo á afirmar que el niño de quien usted habla, ya no existe. Y debería de bastarle á usted.

El acento de sinceridad con que pronunció esas palabras destruyó la creencia de Peyrolles.

— Pero, — continuó Bathilde, — no me dice usted en qué se funda su aserto.

— Se funda en el encuentro que acabo de tener con un joven que se parece tanto al otro... al padre, que he creído hallarme de repente frente á él.

— ¡Cómo! ¿por un simple parecido resucita usted á un niño muerto hace quince años?

— No, no es sólo por un parecido.

Me he acercado á ese joven con un pretexto cualquiera y he conseguido que me contase su vida. Y los diversos acontecimientos de que ésta se compone me han inducido á dudar de lo que afirmas. Tales sucesos tienen puntos de coincidencia tan raros con los acaecidos antes, que, hasta que esté mejor enterado, conservo mi convicción.

Y contó á Bathilde lo que había oído á Felipe.

La joven lo escuchó con suma atención dejando aparecer, á medida que el otro hablaba, un asombro cada vez mayor.

Cuando llegó á la revelación que los pescadores hicieron al joven á continuación del secreto que éste había sorprendido al esconderse en la lancha, es decir, cuando le dijeron de qué modo le habían recogido, una noche de tempestad, la estupefacción de Bathilde llegó al colmo é, involuntariamente, exclamó :

— ¡No es posible!...

Me aseguraron formalmente que se había ahogado, como también el hombre que le acompañaba.

Apenas habían salido de sus labios estas palabras, cuando se dió cuenta de la confesión que encerraban.

Era la retractación completa de cuanto había sostenido siempre, á saber : que el niño había muerto por sus propias manos.

— ¡Por fin! — dijo el falso Giam Batista; — ¡por fin confiesas!

Y, perdiendo toda prudencia, olvidando el lugar en que se hallaban, rugió acercándose á ella y amenazándola cual si quisiera aplastarla :

— ¡Ah! ¡miserable!...

De pronto adquirieron sus facciones tal expresión de furor, que Bathilde, cuyos ojos se habían ido acostumbrando progresivamente á la oscuridad, inmóvil por el espanto, no pudo dar un paso, é inclinó instintivamente la cabeza, pareciendo aguardar el efecto de la amenaza del viejo. Pero, irguiéndose en seguida, y decidida á desafiar la tempestad de frente, respondió :

— ¡Pues bien! sí, lo confieso ahora : he salvado al niño. Á última hora flaqueó mi valor, y no me sentí con fuerzas para matar á aquel inocente, á quien había tomado cariño.

— ¡Qué miserable!... ¡qué miserable!... — volvió á exclamar Peyrolles con voz que apenas pasaba á través de sus dientes apretados por la rabia.

— Bueno, miserable si usted así lo cree, pero la prueba era demasiado fuerte.



Yo veía á aquel niño todos los días, compartía sus juegos y recibía sus caricias ; era yo, por decirlo así, su hermana mayor...

¿Cómo hubiera podido quitarle la vida?

— ¡ Ah! ¡ ah! ¡ ah! — exclamó sarcásticamente el anciano, que se la había llevado lejos del pozo al fondo del callejón por medida preventiva. — Eso es... seamos sensible... tengamos el corazón tierno... ¿por qué hacer daño á un niño? ¿No vale más perder una fortuna? Claro que sí. ¿No es toda nuestra ambición ser bueno é indigente? — Luego, con pérfida ironía, añadió :

— Además, ya sé, querida Bathilde, la poca afición que tienes al lujo, lo sencillos y poco costosos que son tus gustos.

Con tal que la piedad, de que tu alma está llena para con el género humano y en particular para con los niños pequeños, pueda practicarse á su antojo, no deseas otra cosa.

Esa seda que te viste, esas joyas que te adornan, esa morada suntuosa que tú habitas, todo eso no tiene á tus ojos valor alguno.

¡ Muy ciego he tenido que estar para no notar! Así es, que, sin el menor pesar, vas á despojarte de raso y diamantes y volver á vivir á Brujas, en donde podrás meditar á gusto acerca de las ventajas que se sacan de una sensibilidad bien comprendida.

¡ Ea! señorita filántropo, preparemos nuestro equipaje y partamos; es lo mejor que podemos hacer.

— Querido señor de Peyrolles — replicó Bathilde,

que no se emocionó por esas burlas y olvidaba dar á su interlocutor el nombre supuesto, — está usted en un completo error.

— ¿Que estoy en un error? Me gustaría que me lo probases. Piensa, pues, insensata, que ya no hay para ti herencia; puesto que el testamento dice : « En caso de muerte de mi hijo », y que ese hijo está vivo, todo lo vivo que puede estar.

— Es verdad... y sin embargo, es absolutamente igual que si estuviera muerto, en vista de que el cuerpo del único heredero del conde reposa desde hace muchos años en el cementerio de San Medardo y que, desde el punto de vista de la ley, se deduce de ahí que ya no existe Felipe.

Además, ese joven, así como él se lo ha confiado, ignora quién es, y lo ignorará siempre.

En vez de matarlo, le hice desaparecer, lo cual es para nosotros absolutamente lo mismo.

— Ahora, puede ser; pero, ¿y si más adelante llega él á descubrir su identidad y reivindica sus derechos?

— ¿Le ha dicho á usted que poseyera algún papel, algún documento que pudiera ayudarle?

— Afortunadamente, no; nada de eso ha dicho.

Recordemos aquí que Felipe, en su conversación con el anciano, había, en efecto, omitido el hallazgo del papel, hallazgo que hizo un día que componía redes en la vieja barca.

Bathilde dirigió esa pregunta con cierta alteración en la voz. La respuesta de Peyrolles pareció aliviarla un tanto.



— En ese caso, ¿cómo podría llegar á ese descubrimiento?... preguntó. — Y, suponiendo que llegase, ¿qué pruebas presentaría para recobrar su apellido?

— ¿Qué se yo?... La casualidad puede proporcionárselas. ¿No se encarga, á veces, de penetrar los más oscuros misterios?

— También se encarga á menudo de hacerlos más impenetrables.

— No por eso dejamos de tener esa espada de Damocles suspendida sobre nuestras cabezas, cuando tan fácil era ahorrarnos tal tormento.

¡Ah! ¡maldita sea tu necedad!

Pensando en el continuo temor en que iba á vivir en adelante, la cólera del viejo, calmada un instante, volvió á desencadenarse.

## XV

## FIN DE LA EXPLICACIÓN

Después de un silencio, cambiando súbitamente de idea, dijo Peyrolles:

— Pero te ha debido de costar seguramente mucho más trabajo simular la muerte del condesito que hacerlo morir realmente.

— Sí, me costó mucho, y tuve que desplegar todos los recursos de mi imaginación.

— Pero, en fin, ¿qué medios empleaste para conseguir engañar tan hábilmente á todo el mundo?

— ¿Quiere usted saberlos?

— Naturalmente. ¿No es necesario que sepa cómo ocurrió la cosa?

— ¡Pues bien! he aquí.

Entonces explicó Bathilde al anciano de qué modo consiguió sustituir por una efigie al niño dormido.

El astuto maestro no pudo menos de admirar la